

tancias, fueron enviadas á D. T. Almada instrucciones por el buque «Telémaco» dirigido á Agiabampo, ordenándole organizase una brigada de 1000 hombres y marchara con ellos, cubriendo los gastos con los productos de la Aduana terrestre de Alamos, y si estos no bastaban, podía girar contra el Comisario; pero nadie quiso en Alamos tomar las libranzas ofrecidas. Entretanto, Almada hacía esfuerzos para aumentar y organizar sus tropas; logró que sus amigos le prestaran 5,000 pesos y empeñó en 1,200 las alhajas de su familia; un mes después recibió 6,000 pesos por la Aduana de Guaymas.

La carencia de recursos obligó á D. T. Almada á tener á su tropa sin sueldo y casi sin alimento, por lo cual empezó á desertar quedando reducidos á la mitad los setecientos hombres con que contaba. Por esfuerzos del Prefecto Iribarren, le fueron enviados á Almada otros diez mil pesos, auxilio que ya no le llegó á tiempo. La falta de armonía entre la autoridad superior y los jefes militares que defendían la causa imperial, dió motivo á la renuncia de D. Gregorio Almada.

Nombrado por el Imperio, el General Lamberg comandante militar de Sonora, se encontraban sus tropas sin recursos; en consecuencia, nada podía hacer y regresaba de Hermosillo á Guaymas á mediados de Enero (1866). Los imperiales habían obtenido un triunfo cerca de Nacori el día 5 del mismo Enero, sobre fuerzas pertenecientes á García Morales. Este se dirigió para Arizpe procurando reunirse con los jefes Gabilondo y Elías. La villa de Alamos acababa de ser tomada por los republicanos el 7 de Enero después de seis horas de combate. La atacaron los jefes Martínez, Toledo y Correa, y la defendían los imperiales á los órdenes de D. Tranquilino Almada; al tomarla hubo saqueo y varios asesinatos.

Martínez se había movido desde el Toro el 3 del mismo mes con todas las fuerzas que pudo reunir, cerca de seiscientos hombres; llevaba á su lado á los jefes Adolfo Alcántara, Jesús Toledo y Ascensión Correa. Los imperialistas eran en número, la mitad de los republicanos. El combate para tomar á Alamos fué uno de los más sangrientos, habiendo aumentado las fuerzas de Martínez hasta el número de mil cien combatientes.

En el Estado de Sonora competía el partido imperialista en sus esfuerzos con los que hacía en Michoacán. La catástrofe de Alamos fué compensada hasta cierto punto, con el triunfo obtenido por el jefe imperialista D. Ramón Gándara, subprefecto del distrito de la Magdalena. Este triunfo y otros, aunque de menor cuantía, que tuvieron verificativo en territorio de los Estados de Nuevo León y Coahuila y algunos en Michoacán, demostraron que los imperialistas aun mantenían esperanzas en el feliz éxito de su causa.

En Alamos formó Martínez nuevos batallones, hizo construir armamento y reformar el que llevaba y también el tomado á los enemigos, apresuró sus preparativos para combatir al jefe Almada, que se refugió en las orillas de los ríos Yaqui y Mayo, donde sublevó á los indígenas y organizó fuerzas. Martínez remitió entonces fondos á Sinaloa para las fuerzas del general Corona.



Coronel Jesús Toledo.

Después de combatir en el Estado de Sinaloa en favor de la Reforma, formó en las filas del ejército del Centro hasta la caída de la plaza de Puebla en poder de las tropas francesas. Quiso regresar al Estado de Sinaloa; pero en Querétaro, puesto á las órdenes del General Porfirio Díaz, resolvió marchar para Oaxaca, y tomó activo participo en los combates verificados desde la toma de Tasco hasta la rendición de la misma Oaxaca, donde cayó prisionero. Alcanzada su libertad volvió á Sinaloa y Sonora, para seguir combatiendo contra la Intervención y el Imperio. Unido á las fuerzas del General Corona asistió al memorable sitio de la plaza de Querétaro, y allí recibió orden de marchar para Colima con el carácter de comandante militar.



De Guaymas habían salido los jefes imperialistas Almada y Mange, á fines de Enero de 1866, con algunos subalternos para reclutar tropas también entre los pimas y los ópatas, y en uno de los combates con los republicanos falleció Mange.

La pérdida de Alamos fué un verdadero desastre para los imperialistas, pues de allí sacaron los republicanos considerables recursos para aumentar y organizar sus tropas. La lucha era y tenía que ser encarnizada, porque Almada hacía juzgar á los prisioneros con arreglo al decreto de 3 de Octubre.

Pocos días después de haber ocupado á Alamos, fueron destacadas partidas de caballería á los ranchos inmediatos, donde se repitieron algunos excesos repugnantes. Muchos vecinos de Alamos emigraron á Guaymas y á otros lugares del Departamento de Sonora, lamentando algunos, además de su ruina, su deshonra ó la muerte de algunos de sus deudos.

Tomada la ciudad de Alamos, quisieron los vencedores dar cumplimiento á la orden tremenda, de que fueran denunciadas y confiscadas las casas de los imperialistas ausentes y embargadas otras propiedades, comenzando por algunas casas de los señores Otero y la testamentaria de D. Pascual Gómez Lamadrid. El coronel Martínez se movió de Alamos sobre Hermosillo.

El 14 de Febrero derrotó la sección del coronel Correa á los imperialistas en un punto denominado Mobás. Los indios de los ríos Yaqui y Mayo fueron perseguidos y á veces derrotados; uno de los combates más notables fué el del 4 de Marzo, en el que el general Martínez destrozó al grueso de las fuerzas sublevadas en favor de Almada.

La Baja California seguía en poder de los juaristas; continuaba gobernando aquella Península el jefe Pedrin, ocupado en reprimir á los exaltados y en dar garantías á todos los habitantes. El 19 del próximo anterior Diciembre, había tenido verificativo una junta de representantes de las diversas localidades y acordó que se armara la guardia nacional para poner el Territorio en estado de defensa, allegando recursos con arreglo á las disposiciones vigentes del gobierno republicano. La misma junta dispuso que continuara con el mando el jefe político Pedrin. Este visitó las municipalidades dejando en el gobierno al Lic. D. Antonio Canalizo, y siguió á la Paz acompañado del general Ogazón y de otros personajes juaristas que desembarcaron en el cabo de San Lucas, y se proponían marchar para Chihuahua por la costa de Altata.

El Gobierno de los Estados Unidos, en su afán porque desocuparan los franceses el territorio mexicano, no se cuidaba ya de ocultar sus deseos y estableció inteligencias por todas partes; agentes suyos habían penetrado al territorio mexicano, entre ellos el coronel Whitsey con la mira de estudiar las vías que convendría seguir para invadir á México. Se aseguraba que el mismo Mr. Seward, al ir á la isla de San Thomas con pretexto de estudiarla para hacer proposiciones de compra á Dinamarca, llevaba por verdadero objeto conferenciar con Santa-Anna, para tratar de que se estableciera en México un gobierno con el cual

los franceses pudieran tratar para retirarse. Ya que ese gobierno no podía ser ni el Imperio de Maximiliano, ni la República con Juárez, pues con el uno jamás podían conformarse los Estados Unidos y con la otra no trataría jamás el gabinete de las Tullerías, venía á ser preciso buscar otro presidente de la República y éste, según se creyó podría ser Santa-Anna, cuya ambición aguijoneada por el rencor y el deseo de venganza, aceptaría con entusiasmo el papel á que se le destinaba. El supuesto proyecto de Seward, descubierto á medias por la presencia del ministro cerca del antiguo dictador mexicano, conmovió á los espíritus que se ocupaban de la política.

Solamente Maximiliano y su esposa parecían indiferentes, buscando en aquellos críticos momentos solaz en Cuernavaca. Bazaine, informado del proyecto de Mr. Seward, solicitó de Maximiliano una entrevista para ese y otros asuntos, pero no tuvo pronta respuesta; insistió y se le responde recomendándole la seguridad de Sus Majestades en el viaje que iban á emprender, y no logra hablar con Maximiliano hasta la víspera de la partida; entonces tan solo obtuvo la autorización para proceder contra un periódico de México, que había reproducido cierto artículo injurioso para el Emperador Napoleón III. Viviendo aún Mr. Langlais, consintió Maximiliano en formar un nuevo gabinete luego que el hacendista hubiera terminado sus estudios y admitido la cartera de Hacienda; con este acuerdo terminó la conferencia. Partió Maximiliano para Cuernavaca, y al volver á México á pasar algunos días, supo que las fuerzas francesas y las de Méndez en Michoacan, habían alcanzado algunas victorias.

En lo aparente se habría tomado aquella conducta de Maximiliano como una concesión al destino ó una indiferencia fatalista. El Congreso de los Estados Unidos continuaba en sus manifestaciones contra el Imperio en México. El día 11 de Diciembre de 1865 se habían presentado á la vez en las dos Cámaras y en la primera sesión de importancia que tuvo el Congreso, dos proposiciones contra la obra de la Francia en México, una suscrita por el senador Wade y otra por el diputado Mr. Schenk, ambos de reconocida influencia en la política. En vista de ellas las dos Cámaras resolvían:—*«Que contemplaban con profunda ansiedad la situación de la República Mexicana; y que era opuesta á la política del Gobierno de los Estados Unidos, la tentativa de una potencia extranjera para derrocar á un gobierno republicano de este continente, y establecer sobre sus ruinas la monarquía, lo cual ofendía al pueblo de los Estados Unidos y contrariaba el espíritu de sus instituciones.»*

Resueltos estaban los norteamericanos á no admitir otro Presidente en México que el Sr. Juárez, precisamente el único que Napoleón III rechazaba decidido á no aceptar transacción de ninguna especie. El General González Ortega que podía contar con probabilidades para ser apoyado por el gobierno francés, tropezaba con invencibles dificultades al ser combatido sin tregua en los Estados Unidos. (1)

(1) Uno de los que le hostilizaron con más energía fué M. Robert D. Owen, en la refutación que hizo del cuaderno que publicó el General González Ortega contra la permanencia de

Le decían á González Ortega, en varias publicaciones, que no contaba más que con nueve partidarios, de los cuales dos eran ex-generales de brigada, dos gobernadores, un ex-administrador de correos, un ex-coronel, otro ex-editor y dos desconocidos para los folletistas, con la circunstancia de estar ausentes de su país en la hora del peligro, todos los que apoyaban el derecho de González Ortega á la presidencia. Sostenían los escritores norteamericanos, que la ampliación del período presidencial de Juárez, había sido recibida por la Nación con alegría y por aclamación. El escritor Owen alegó, que todos los mexicanos residentes en la Alta California pedían la continuación de Juárez en el poder, y que ni una sola voz se levantó en favor de González Ortega. Combatió los artículos constitucionales en que estaba apoyado el pretendiente; dijo que las facultades extraordinarias con que estaba revestido Juárez, le autorizaban para poder continuar su período constitucional, y constituyó capítulo de acusación la permanencia de González Ortega en Nueva-York sin estar autorizado para ello.

Los partidarios de González Ortega llevaron sus esfuerzos hasta el congreso de los Estados Unidos; pero todo fué en vano, á causa de que el gobierno de la Casa Blanca no retiró su reconocimiento al Presidente Juárez, siendo este apoyo moral el mayor de los obstáculos con que tropezó Napoleón III para dar honrosa solución al espinoso asunto de la intervención en México. (1)

A juicio del Presidente de los Estados Unidos, no debía diferir Francia, ni un momento, el retiro de sus fuerzas y la plena ejecución en México del principio de no intervención. El respeto que profesaba la Nación americana á la soberanía é independencia de los demás pueblos, obedecía á los preceptos que le legara Washington, sancionados por el pueblo norte-americano, cuyo gobierno manifestó al de Francia, que esperaba el aviso final del tiempo en que se podía esperar que cesaran las operaciones de sus tropas en México. Desde Junio de 1862 ha-

Presidente Juárez en el poder. Valióse Owen de los datos que le proporcionó el Sr. Matías Romero, y costó la impresión del folleto Mr. Tiff. Tendía este escrito, después de combatir las aspiraciones de González Ortega, á disipar las dudas ó la mala impresión que produjeron en el congreso de los Estados Unidos, los argumentos del Presidente de la Suprema Corte mexicana. La casa de Corlies y Compañía costeó otras dos publicaciones; en una se coleccionaron los documentos oficiales en que se demostraba que el Presidente Juárez estaba investido con facultades extraordinarias, y en la otra escrita también por Mr. Owen, se refería á las cualidades y mala fe de los franceses.

González Ortega hizo imprimir en idioma inglés un cuaderno que distribuyó entre los senadores y los diputados; incluía los decretos de prórroga presidencial y la protesta que formuló contra ellos, fechada en Paso del Aguila el 21 de Diciembre, y también el manifiesto escrito en San Antonio de Béjar el 26 del mismo mes, así como un cuaderno publicado en Nueva-York con las respuestas que le eran favorables sobre el asunto de la prórroga.

(1) Tan pronto como el general González Ortega se declaró Presidente constitucional de México, en una correspondencia que dirigió al general Sheridam, el ministro Romero envió al gobierno de los Estados Unidos una colección de documentos relativos á ese general disidente, en los cuales se combatían los argumentos, calificados de capciosos por el Sr. Romero, para que González Ortega se considerara Presidente de México.

González Ortega no estudió debidamente la política del gobierno de los Estados Unidos, que consistía en una intervención directa en favor de Juárez, cuya política era sostenida por el ejército y la marina de esa nación; en consecuencia, el gobierno de los Estados Unidos declaró revolucionario á González Ortega, en una orden dirigida al general Sheridam

bían manifestado los Estados Unidos: que Francia tenía el derecho de hacer la guerra á México, determinando por sí misma la causa que la motivaba; pero que ellos tenían á su vez el derecho de insistir, en que Francia no debía aprovechar las ventajas que alcanzara en esa guerra, para crear y sostener en México un gobierno anti-republicano y anti-americano. (1)

Los escritores norteamericanos que combatían el establecimiento del Imperio en México, hacían referencia constantemente, á las instrucciones dadas al general Forey por el Emperador de los franceses, al señalarle la política que debería seguir respecto á los negocios del Continente americano. La base de esta política debía consistir en la formación en México de una monarquía que restituyese á la raza latina, en este lado del Atlántico, toda su fuerza y su prestigio con cuya política la influencia y los intereses de la Francia sobrepujarían á los de los Estados Unidos, y se impediría que éstos se apoderasen del Golfo de México, y se constituyeran en únicos dispensadores de los productos del Nuevo Mundo. La monarquía presidida por Maximiliano, venía á ser precisa consecuencia de esa política, aunque, según el parecer de los escritores norteamericanos, se opusiera á ella la voluntad del pueblo mexicano, sojuzgado por la soldadesca europea, sostenedora de una esclavitud disimulada que se reveló en ciertos decretos expedidos por el Gobierno imperial en México.

(1) El 12 de Febrero de 1896 dirigía M. Seward un despacho al marqués de Montholón representante de Francia en Washington, en el que analizó detenidamente otro del Ministro Drouyn de Lhuys, enviado el 9 de Enero al gobierno de los Estados Unidos, por el cual se deslindaba y ponía de manifiesto la política de la Francia en la cuestión mexicana. Declaraba el gobierno francés, que no era en manera alguna hostil á las instituciones del Nuevo Mundo y mucho menos á las de los Estados Unidos: que estaba dispuesto á retirar sus tropas en el menor espacio de tiempo posible; insistía en que el ejército francés, al entrar en México, no llevó las tradiciones monárquicas en los pliegues de sus banderas, y no creyó de su deber oponerse al esfuerzo supremo de un partido poderoso, organizado mucho antes de llevarse á cabo la expedición; que el pueblo mexicano había llamado al Emperador Maximiliano, y que el gobierno francés había creído que el de Maximiliano era el más propio para establecer la paz en México, y que por lo tanto le había prestado su apoyo.

Seward contestó: que los Estados Unidos no habían visto prueba alguna satisfactoria, de que el pueblo de México hubiese llamado al Emperador Maximiliano, y en términos enérgicos y claros afirmó, que en aquellas circunstancias existía una guerra política entre Francia y la República Mexicana, guerra peligrosa y nociva para los Estados Unidos y las instituciones republicanas; en tal concepto, pidió que se la pusiera fin cuanto antes. Recomendó con instancia que se cumpliera sin pérdida de momento, la promesa de retirar de México todas las tropas francesas y con sutileza diplomática dió á entender, que los Estados Unidos jamás reconocerían en México otra forma de gobierno que la republicana.

CAPITULO SEXTO.

Continúan los errores y vacilaciones de Maximiliano.—Choques con Bazaine.—Es enviado el Padre Fischer á Roma.—Declaración del Austria respecto á voluntarios para México.—Maximiliano cambia su Ministerio.—No consigue organizar el gobierno.—Le sorprende el anuncio de que se retira la expedición francesa.—El cambio de ministros nada significó.—Napoleon III varia completamente su política respecto á México.—Los planes de los economistas franceses aquí.—Venida del baron de Saillard.—Fija el término de la expedición francesa en México.—Profunda decepcion de Maximiliano.—Separa de la delegacion en Paris al ministro D. José Hidalgo.—Lo reemplaza el general Almonte.—Instrucciones recibidas por el ministro Danó.—Aplicación de rentas á los gastos de la expedición.—Plazos fijados para la retirada de las tropas.—Asombro y disgusto en la Corte de Maximiliano.—Mision del general Almonte á las Tullerías.—Lancunza en el Ministerio de Hacienda.—Su plan financiero.—Se apoya en el auxilio pecuniario de la Francia.—Accede Bazaine á proporcionar recursos.—Atiende Maximiliano á la brigada austro-belga.—Se opone á que la mande un jefe francés.—Bazaine insiste en la formacion de los "Cazadores de México."—De qué manera se organizaron.—El gobierno norte-americano se opone á la venida de nuevas fuerzas austriacas.—El gobierno de Austria accede á esta pretension.—Asalto sufrido por la comision belga.—Crecimiento de la revolucion en los Estados de Oriente.—Situacion de Oaxaca, Tabasco y Yucatan.—Derrota de los imperiales en Jonuta.—Avanza la insurreccion hasta el centro del Imperio.—Sucesos ocurridos en los Estados de Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí.—Van-der-Smissen en Nuevo Leon.—Insubordinacion de la fuerza belga.—Tamaulipas.—Difícil estado de los puertos de Matamoros y Tampico.—Auxilios enviados al primero de estos.—Sucesos de Parras.—Combate en Santa Isabel.—Nuevos esfuerzos de Clinchant y Aymard en Michoacan.—Estados de Occidente.—Jalisco y Colima.—Continúa sangrienta la lucha en Sinaloa.—Vacilacion del jefe Lozada.—Avanza al Rosario y se retira.—Corona es nombrado general en jefe del ejército de Occidente.—Quédanle encargados Jalisco y Colima.—Sigue prestando apoyo á los liberales de Sonora.—García Morales se posesiona de la villa de Magdalena y Martínez de Hermosillo.—Impulsa la revolucion el general Pesqueira.—Combates en el Estado de Chihuahua.—El general Terrázaz toma la capital del Estado.—Mr. Seward continúa en su política juarista.—Banquete ofrecido en Washington á la Sra. de Juarez.—Las cámaras norteamericanas no cejan en su oposicion al Imperio.

Error gravísimo de Maximiliano fué sostener con Bazaine lucha tenaz durante dos años, en cuyo tiempo demostró que le faltaba talla para conducir á bu en fin la difícilísima empresa de fundar en México un Imperio. Muy accesible á todo lo que pudiera exaltar su espíritu, fácil de convencerse y mal aconsejado, se dejó persuadir demasiado pronto, de que el concurso de la Francia le era inútil.